COMEDIA.

MAS VALE TARDE QUE NUNCA.

DE DON JOSEPH JULIAN DE CASTRO.

PERSONAS.

Ladislao, *Rey de Ungría.*
Federico, *General, Galan.*
Lidoro, *Galan.*
Aurelio, *Barba.*
Peregil, *Gracioso.*
Soldados *Ungaros.*

JORNADA PRIMERA.

Selva. Tocan caxas y clarines dentro, y dicen.

Unos. Viva el guerrero Marte prodigioso.
Otros. Viva nuestro Caudillo valeroso.
Unos. Corone de laurel su frente altiva.
Otros. Viva el gran Federico.
Todos. Viva, viva.

Salen Federico con plumas, botas, espuelas, y baston de General; Peregil de soldado ridículo, y soldados Ungaros.

Feder. En este ameno y deleytoso prado,
de lluvias de jazmines salpicado,
catre de Venus, tálamo de Flora,
y gabinete hermoso de la Aurora;
pues en la perfeccion de su belleza
archivó el cielo su mayor riqueza
para hechizo del gusto delicioso:
que si en el gabinete mas precioso
los pinceles retratan los primores
de las fuentes, las aves, y las flores;
aquí, donde el olor, canto y bullicio
vive lo natural sin artificio,
su lucimento brilla en sumo grado,
lo que va de lo vivo á lo pintado.
En este, pues imperio de Amaltea,
ó ya sea pensil, ó hibleo sea,
cuya fragrancia, pompa y amenura
con incesante métrica dulzura
en cánticos divierte mas suaves
la celestial capilla de las aves,
al compas da sus cláusulas sonoras
hagan alto mis tropas vencedoras;
y en union concertada,
para el insigne triunfo de la entrada,
que en la Corte de Ungría me previenen,
se dispongan, se formen y se ordenen.
Puéblese el ayre con marcial decoro
de jardines de seda, y montes de oro,
que eleven en sus plácidas regiones
estandartes, banderas y pendones:
matice el Sol, quando desde su esfera
en las doradas armas reverbera
los grabados arneses,
los escudos, adargas y paveses:
el zéfiro tremole bullicioso,
con travieso susurro presuroso,
las plumas, las garzotas, los ayrones,
de cimeras, de yelmos y morriones.
Toda la infantería aquartelada
desfile en dos columnas ordenada,
guarneciendo esforzados
de su militar cuerpo los costados
de la caballería en los Bridones
tantos marciales jóvenes Garzones,
cuyo denuedo, gentileza y arte
da lucimiento al Sol, y envidia á Marte:
saluden con la fuerte artillería

á la insigne Metrópoli de Ungría
las consonancias del Fabonio inquietas
de pifanos, de caxas y trompetas,
que acompañen en todos sus confines
flautas, obues, trompetas y clarines,
de alborozos vistiendo el ayre manso;
que no vivo, no aliento, ni descanso
hasta poner entre venturas tantas
á las augustas generosas plantas
del grande Ladislao, honor del mundo,
nuevo Alexandro, y Marte sin segundo,
para eterno blason de su memoria
el alto triunfo de esta gran victoria.

Per. Ya tus órdenes cumplen tus soldados;
mas qué mucho, si vienen enseñados
á tragarse las balas de rodillas,
como si fuera un plato de natillas?
Y aun se ha visto soldado con donayre,
que viniendo una bomba por el ayre,
en vez de retirarse, por no vella,
un cigarro, al pasar, encendió en ella.

Fed. Así valientes, firmes y animosos,
coronados de timbres belicosos,
honra dan á su nombre con su acero.

Per. No hay honra mas segura que el dinero.

Fed. ¿Por qué?

Per. Porque el dinero con sus salvas
noble hace ser al que nació en las malvas:
por el dinero echa sus coches bellos
quien siempre anduvo á la trasera dellos:
por el dinero hay vieja con engaños
que parece una niña de quince años;
y si salir de casa determina,
se encuentra un casamiento á cada esquina,
porque en línea de novios, si conviene,
es la que tiene mas la que mas tiene:
y en fin, por el dinero, á coyuntura
todo se ablanda, todo se madura;
mas por sola la honra aunque se encumbre,
no he visto dar sino una pesadumbre.

Fed. ¿Qué profesion mas esplendor encierra
que el arte soberano de la guerra,
donde sin los agravios de la cuna
cada uno se labra su fortuna?
¿Quántos humildes animosos hombres
consiguiéron por ella eternos nombres?
¿Y quántos héroes, que el valor pregona,
con la espada adquiriéron la corona?

Per. Que es evidente aquesto no argumento;
mas si yo he de decirte lo que siento,
entra tanto una bala si á uno encuentra,
que por eso la guerra no me entra.

Fed. De la guerra el honor del hombre pende,
ella inflama el valor, y el pecho enciende.

Per. Que enciende á algunos nadie lo ventila,
pero tambien á muchos despavila.

Fed. De la fama así obtienen la gran joya.

Per. En muriéndome yo mas que arda Troya.

Fed. Ella convida á despreciar la vida.

Per. No es mala á la merienda que convida.

Fed. Noble espíritu anima á los varones
que de la guerra siguen los pendones.

Per. Harta guerra en la Corte, segun pasa,
tiene con su muger el que hoy se casa,
pues así que abre el ojo á tal antojo,
no queda en paz hasta que cierra el ojo.

Fed. Como hombre, baxo en fin, mostrar ordenas
la sangre que circula por tus venas.
Mas pues ya el Sol en tibios esplendores,
si no apaga, suaviza sus ardores;
ya que á mi voz sobre las armas puesto
el exército todo está dispuesto,
fuego el cañon respire, cruxa el parche,
haga seña el clarin, y el campo marche.

Vase con los soldados, haciendo la salva.

Per. Marche, y pues en reglados esquadrones
se mueven ya los batallones,
adelantarme quiero, y muy despacio
de hoz, y de coz meterme en el Palacio,
que de este mundo infiel en el banquete
es el que saca mas quien mas se mete;
y así voyme diciendo en voz festiva...

Todos. Viva el gran Federico, viva, viva.

Salen el Rey, Lidoro y Aurelio.

Rey. Absorto estoy de escucharte
conspiracion tan dañosa.

Lidor. Señor, vuestra Magestad
mis lealtades reconozca,
y como prudente evite
los riesgos de su persona.
Los populares tumultos
regularmente se forman
de imperceptibles centellas,
que si al nacer se sufocan,
con facilidad se extinguen,
se embarazan, y se cortan;

mas

mas si á tomar cuerpo llegan,
quanto exâminan devoran.
Federico, gran Señor,
cuya hidrópica ambiciosa
sed de aplausos, y de honores
sus altas prendas desdora,
tiranizaros pretende
con la vida la Corona.
Para este fin auxîliado
de las huestes numerosas
con que triunfante del Asia
victorioso á Ungría torna,
y protegido de quantas
viles familias traidoras
con el presente gobierno
no se ajustan y conforman,
infielmente determina
ocupar la Ciudad toda,
y hacer que nobleza y plebe
por su Rey le reconozcan,
dexando en vuestra Real sangre
su aleve cuchilla roxa.
Miento, que al siniestro informe *ap.*
de ficcion tan cautelosa,
sola la rabia me mueve
de ver que su zelo estorba
á mi ambicion que de Ungría
el Cetro en mis manos ponga,
dando muerte al Rey; mas yo
lo dispondré de tal forma,
que no pueda Federico
ser estorbo de mis glorias.

Rey. ¿Y por qué medio se sabe
aquesta traicion impropia?

Lidor. Conjuraciones tan grandes,
que aun discurridas asombran,
preciso es que se manejen
por tan distintas personas,
que por mas que á muchas cierre
eloqüente é imperiosa
la retórica del oro,
ya los labios, ya las bocas,
no faltó alguna, que viendo
á quanto riesgo se exponga,
ántes de volar la mina,
no el descubrirla disponga.
De ser cierta la conjura
varios avisos informan,
tan contestes, que en el caso
ni varian, ni discordan.
Pero qué prueba mas firme,
mas constante, y mas notoria
se puede dar que esta carta,
en quien de Constantinopla
cierto Ministro me escribe:::-
pero dígalo ella propia. *Dá sela al Rey*

Lee el Rey. *La libertad que el General Ungaro concedió á Alí Soliman, Gran Visir del Imperio Otomano, y el tránsito pacífico de sus tropas por el Danubio, á vista de las armas de aquel Xefe, diéron bastante que hablar en esa Corte en órden á su conducta; pero con el regreso de Soliman á ella cesáron las pláticas; pues informó á la Puerta dexaba concluido un tratado secreto con aquel General, en que se prometia hacer el Reyno de Ungría feudatario del Gran Señor, como éste le protegiese con sus armas, á fin de destronar al Monarca Reynante, y ocupar el augusto solio. Otras circunstancias dicen que tiene esta convencion que observar; pero hasta ahora no se han podido traslucir. Quedo, como siempre, vuestro.*

Lidor. Ved si es cierto lo que digo.
Vertí toda la ponzoña: *ap.*
de esta vez consigo quanto
anhela mi ansia traidora.

Rey. Lidoro, yo te confieso,
que entre dudas y congojas
mi entendimiento naufraga,
y mi discurso zozobra.
Bien sabes que á Federico
ilustre sangre le informa,
pues de su cara ascendencia,
los héroes que en paz reposan,
aun en los mármoles frios,
están palpitando glorias:
criado siempre en la Corte,
bien quisto en ella, y en todas
altos empleos maneja,
que desempeña con honra.
Las veces que vuelve el Turco
ácia nosotros sus tropas,

y Ungría para batirle
sus tafetanes desdobla,
¿quién, sino es él, animoso
castiga su vanagloria,
coronando de trofeos
sus expediciones todas?
¿Pues cómo he de persuadirme
á que un Varon, que se adorna
de excelencias tan brillantes,
y virtudes tan heroycas,
contra sí, contra su patria,
contra su sangre gloriosa,
y contra mí, que es lo mas,
igual conspiracion forma?

Lidor. Si no avivo aquesta llama, *ap.*
mis designios se malogran.
Quien á crímenes tan grandes
traidoramente se arroja,
olvida, y pospone quanto
á sus intenciones obsta,
y de ingratitudes tales
llenas están las historias.
Vuestra vida corre riesgo,
la Patria muere, y lo ignora:
yo cumplo con dar aviso,
por si á su remedio importa:
ahora lo que gustare
vuestra Magestad disponga.

Rey. Para mayores empeños
solo mi prudencia sobra.
Despacha un correo al punto,
y á Federico le informa,
que en los lugares vecinos
aquartelando las tropas,
venga al instante á la Corte,
porque á mi servicio importa.

Lidor. Gran Señor, aunque parece
que no es una órden tan pronta
resolucion acertada,
solo obedecer me toca.
Si á Federico derribo, *ap.*
aseguro la Corona. *Vase.*

Rey. Dispon tú que en mi Palacio
mayor guarnicion se ponga.

Aurel. Así lo haré: aqueste dia *ap.*
el Palacio ha de ser Troya. *Vase.*

Rey. ¿Qué dixera de mí el mundo,
si por una venturosa
calumnia, que de la envidia
supo engendrar la lisonja,
la estatua de mi cariño
quedase deshecha y rota?
Federico es mi privado,
su prudencia me apasiona,
él gobierna mis Provincias,
descansa en él mi Corona;
¿pues qué hay que maravillar
que la emulacion, zelosa
fiera, que habita en las Cortes,
como en los montes las otras,
desquiciar pretenda el templo
de su esplendor y su gloria?
Yo apartaré á Federico
de mi Corte, y mi persona,
desposeido de quantos
honores su pecho adornan,
para ver si de este modo
la envidia se desenoja,
inquiriendo con secreto
esta novedad pasmosa,
y si en él hubiese culpa
tiempo para el rigor sobra:
pero si, como lo creo,
venciendo las negras sombras,
que á su luz se oponen, sale
su lealtad vencedora,
juro á los divinos Cielos
de hacer con él tantas honras,
que á vista de su grandeza,
los que le envidian se corran.
Pero qué clarin sonoro *Clarin.*
las esferas alboroza?
¿Qué es aquesto? *Sale Peregil.*

Per. ¿Qué ha de ser?
que coronado de glorias,
en este punto, este instante,
este minuto, esta hora,
el Gran Duque Federico,
nuevo Marte de la Europa,
que al mismo Alexandro Magno
le pudo hacer la mamola,
despues que veinte mil Turcos
envió á cenar con Mahoma,
mas tieso que un Escribano
quando una confesion toma,
mas alegre que una viuda

quan-

quando la sale otra boda,
y mas veloz que un casero
quando va á coger la mosca,
de su exército á la frente
sale, llega, marcha, trota,
corre, vuela, sube, baxa,
brinca, salta, vuelve, torna,
y á ponerse á vuestros pies
viene, señor, en persona.
Rey. ¿Y quién eres tú? *Per.* Un soldado
de cólera tan briosa
que para matar un pollo
alborotó una Parroquia. *Saca un papel.*
Pero aquí de mis hazañas
escrita traigo la historia.
Rey. ¿Pues qué tus hazañas mismas
escribe tu pluma propia?
Per. Si señor, que no esta el tiempo
para fiarlo de otras.
Rey. ¿Y qué hazañas son las tuyas?
Per. Muy grandes, aunque son pocas:
una, haber muerto á un cochero.
Rey. ¿Y esa es hazaña? *Per.* Y notoria:
que no es tan fácil matar
á un hombre de tanta monta.
Rey. ¿Y por qué fué? *Per.* Porque atento
me avisó en cierta camorra
que me querian prender.
Rey. Fué injusticia. *Per.* No hay tal cosa.
que avisar y ser cortes
á un cochero no le toca.
Otra, estando yo en campaña
ví puesto sobre una roca
un soldado amigo mio,
y sacando una pistola,
apuntándole una bala,
tiré á derribarle aposta.
Rey. ¿No fué injuria? *Per.* No señor,
que es lo que se estila ahora.
Rey. ¿Pues si el tal era tu amigo?
Per. Por aquesa razon propia;
que hoy son los amigos como
el Apóstol de la bolsa,
y hasta ver á uno caido
no descansan, ni reposan.
Rey. Aun este necio en sus chistes *ap.*
mis dictámenes apoya.
Humor gastas. *Per.* Aquí mucho.
Rey. ¿Y en la guerra? *Per.* Ni una onza;
porque el humor se desagua
quando el acero se toma.
Rey. ¿Y qué pretendes? *Per.* Pretendo
pues mis servicios me abonan,
una plaza, que en el ayre
qualquiera niño la logra.
Rey. ¿Y qué es? *Per.* Una Alferecía,
que viene á pedir de boca.
Rey. Pues yo solamente en premio
de hazañas tan generosas
un consejo quiero darte,
y es, que las marciales honras
pretendas, si acertar quieres,
con la lengua de las obras,
que en el tribunal de Marte
no se habla con otro idioma. *Vase.*
Per. ¡Ira de Dios, y qué pulgas
que gasta el Rey! ¡fuego! ¡sopla!
pero por fin desengaña,
sin andarse en ceremonias,
en cortejos, ni funciones;
pues despues que uno malogra
toda la flor de su vida,
sin mas fruto que esta hoja,
para darle qualquier plaza,
con que la suya socorra,
le hacen ántes dar mas vueltas
que la mula de una noria;
y porque nadie lo dude
vaya una pintura tosca.
Con el ardiente deseo
de ganar dinero en forma,
cosa, que si bien se atiende
en estos tiempos de ahora,
sacará de sus costillas
al tabernero de Atocha,
se mete uno á ser soldado,
religion la mas penosa,
con mas trabajo que algunas,
y ménos racion que todas:
miéntras hay paces, tal qual
pasa un hombre su derrota
bien, porque hay alojamientos,
hay gallinas, y hay patronas;
mas declarada la guerra
empieza la bataola:
marcha allá, marcha acullá,

hoy

hoy á Argel, mañana á Roma,
pasado mañana á Flandes,
y esotro dia á Liorna.
Descúbrese el enemigo,
¡fuego de Dios, y qué tropa!
Ya se mueven las esquadras,
ya el General nos exhorta
á despreciar una vida,
como si uno tuviera otra.
Ya comienzan los cañones
á echar almendras tan gordas,
y ya trompetas y caxas
á tocarse el quadro tocan:
aquí es ella: ¡ay Vírgen mia!
que nos cercan, que nos cortan:
ánimo, y nadie desmaye,
aunque en aquesta derrota
le hagan los sesos tortilla,
y los huesos pepitoria.
Bun, bun, bun: ¡Jesus mil veces!
¿Qué ha sido eso? no fué cosa:
una bala que á seis hombres
les hizo abrir tanta boca.
Nuestro es el dia, muchachos;
ahora es la ocasion, ahora:
á uno sin brazos le dexan,
á otro las piernas le doblan,
á otro los ojos le sacan,
y á otro envian por las costas:
nadie afloxe, mueran todos,
cruxa el parche, y arda Troya.
Animo, que ya desmayan:
á ellos, á ellos, que afloxan:
¡qué batalla hemos ganado!
¡buen suceso! ¡gran victoria!
de esta vez á cada pobre
plaza de tambor le toca.
Acabase la campaña,
á la Corte un hombre torna;
va á pretender, y en un siglo
no encuentra una buena hora;
porque despues que anda el pobre
tres años á la maroma,
corriendo por esas calles
como caballo de posta,
que solo en considerarlo
sudo la gota tan gorda,
logra::- ¿qué? una racion de hambre;
y esto si acaso la logra;
mas si siempre fué lo mismo
dexemos correr la bola. *Clarines.*
Pero ya segun anuncian
las dulces marciales trompas,
al salon de las Audiencias,
donde su sitial coloca
el Rey, llega Federico
á ofrecerle la victoria;
y pues solamente asisten
á tan grande ceremonia
los Príncipes y Magnates
esta cortina me esconda,
y de ver mi atrevimiento
plegue á Dios que no se corra.

Retírase á un lado, y sale el Rey, Federico, Lidoro y Aurelio.

Fed. Inclito Monarca augusto,
en cuyos dignos aplausos
los clarines de la fama
tantas veces resonáron; *Arrodíllase.*
á vuestros pies se coloca
quien el valor emulando
de vuestro fuerte, animoso,
noble espíritu, y gallardo,
de las Otomanas Lunas
los celages eclipsando,
en marcial funcion reñida
digna del bronce, y del mármol,
de vuestras heroycas armas,
y vuestro nombre preclaro,
dexa el crédito aplaudido,
y el honor acrisolado.
Rey. Alzad. *Fed.* ¡Notable aspereza!
Lid. Obró el veneno del vaso.
Rey. ¿En fin, vencisteis? *Fed.* Señor,
vuestro influxo soberano
fué quien ministró glorioso
esta victoria á mi brazo;
y pues por ser gloria vuestra
mi pecho está alborozado,
permitid que la traslade
desde el corazon al labio.
Rey. Decid. *Aur.* ¡Qué severidad!
Per. O en las cosas de Palacio
no estoy yo aun bien cocido,
ó el Rey está mal guisado.
Fed. Para la mayor batalla

que vió el circular teatro,
ni de Neptuno en los golfos,
ni de Diana en los campos,
animó el bronce sus trompas,
previno el fuego sus rayos,
desnudó Marte el acero,
y abrió sus pórticos Jano.
Alí Soliman, aquel
valiente Turco gallardo,
Visir de Constantinopla,
y Gobernador del Cayro,
cuyas generosas sienes
tantas veces coronáron
las verdes pomposas ramas
de los laureles sagrados,
con el formidable grueso
marcial, ruidoso aparato
de ochenta mil combatientes
entre infantes y caballos
que al Danubio caudaloso
las márgenes fatigando
de sus cristalinas hondas
las raudales agotáron:
despues de haber en sus marchas
á sangre y fuego talado
de los tesoros de Ceres
los rubios fértiles granos,
que en ramilletes de espigas
fuéron del zéfiro halagos,
desvanecido y soberbio
sitió animoso á Belgrado,
Plaza la mas importante
de Ungría, pues refrenando
de las Otomanas huestes
los ímpetus temerarios,
es la llave de la Europa,
y su antemural resguardo.
¡O jamás el tiempo llegue,
que sus muros ocupando,
de Europa logre la Puerta
tener la llave en la mano!
El zelo, ánimo, constancia
y ardor con que los sitiados
rebatiéron vigorosos,
y valientes rechazáron
sus furiosas baterías,
y generales asaltos,
de Soliman las ideas
totalmente disipáron:
en cuyo tiempo la Ungría
un exército formando
de treinta y cinco mil hombres,
número, que bien mirado
al contrario superaba,
aunque inferior al contrario;
pues para el valiente esfuerzo
de cada Ungaro bizarro,
con ser tantos los Infieles,
aun no eran bastantes tantos:
y fiando á mi valor
de General suyo el cargo,
honra que dexó mi pecho
temeroso y asustado,
porque empleo tan glorioso,
porque honor tan soberano
no consiste en adquirirlo,
sino es en desempeñarlo;
me ordenó, que diligente,
todas las marchas doblando,
sobre las bárbaras tropas
apostase mis soldados,
donde á una campal batalla
las empeñase bizarro.
Executélo zeloso,
y aunque el lance era arriesgado,
por consistir de la empresa
el suceso bueno ó malo,
en diligencia y secreto,
dificiles medios ambos,
desvaneciendo imposibles,
tan cerca nos acampamos
del Turco, que sus trompetas
al romper el dia claro,
se bebiéron todo el ambar
que las nuestras respiráron.
No se durmió Soliman,
aunque le sorprendió el caso,
que uno es admirar el cuerdo,
y otro prevenir el sabio;
y así, dividiendo al punto
su exército dilatado
en dos numerosos cuerpos,
al uno dexó encargado,
que reprimiese animoso
el teson de los sitiados;
y con el otro tendido

en dos alas sobre el campo,
para admitir la batalla
se dispuso atrincherado.
Jamas al verse los dos
exércitos afrontados
de la sombría alameda,
entre los floridos quadros,
para delicia y recreo
de los sentidos humanos,
se pudo proporcionar
objeto mas delicado;
pues el zéfiro travieso
blandamente tremolando
las plumas de los airones,
de los yelmos los penachos,
hechos pensiles los vientos
de pavellones lunados,
de militares banderas,
y de pendones cruzados,
sembrada la verde selva
de vivos árboles blancos
en la Arcadia producidos
y á la Europa trasplantados;
cruxiendo el parche ruidoso,
fogoso el cañon bramando
entre armonías de Venus,
de Palas entre aparatos
infundiendo nuevo aliento,
nuevo espíritu engendrando,
y el Sol en las blancas armas
luciendo y reverberando,
ofreciéron á los ojos
el mas insigne, el mas raro,
maravilloso, excelente,
dulce expectáculo grato,
que vió Roma en sus antiguos
famosos anfiteatros.
Prevenida, pues, la gente
y ardiendo ya todo el campo
en la marcial impaciencia
de venir presto á las manos,
habiendo los Capitanes
á sus tropas exhortado
á menospreciar la vida
para conseguir el lauro,
haciendo señal las caxas,
y el último órden dado,
empezó la artillería
á inundar el ayre vago
de basiliscos de plomo,
y de abrasadores rayos,
á cuyo tronante estruendo,
á cuyo horrososo estrago,
las bóvedas del abismo
cruxiéron y resonáron.
En esta primer descarga,
las vidas sacrificando,
furiosamente rompimos
su gran guardia de á caballo,
cargándola de tal modo,
que al retirarse, encontrando
de su exército la frente
en dos líneas ordenado,
la desbarató de modo
con su interior sobresalto,
que ántes que á ocupar volviese
el puesto desamparado,
dos batallones de Turcos
poner en fuga logramos.
Así principió este dia
por uno y por otro campo
la accion que hará en las historias
eterno vuestro Reynado.
No así en las obscuras noches
del frígido invierno helado
se desprende de los ayres
sobre los altos collados
espesa menuda copia,
tupido vulgo quajado
de mariposas de nacar,
ó de estrellas de alabastro,
como infestando los vientos,
rápidos se desgajáron,
de fuego y metal volcanes,
áspides envenenados,
melancólicos cometas,
que produxéron infaustos
la muerte de quantos pudo
inficionar su contagio,
siendo tanto el fuego vivo,
que abortó el sulfúreo parto
de los ardientes Vesubios,
de los Mongibelos vagos,
que el Sol en su quinto cielo
del calor abochornado,
iba á padecer confuso

tan

tan pavoroso desmayo,
que fué menester, que al verle
de tanto ardor sofocado,
las plumas de las cimeras
abanicasen sus rayos:
y aun temerosos quizás
de que infantes tan gallardos
declarándole la guerra
le echasen del solio abaxo,
se escondió medrosamente
de Tetis en los estrados,
para que ella le amparase,
si le seguian los pasos.
Proseguia la batalla
con teson tan porfiado,
que aunque el Dios Marte en su trono
tenia ya preparado
el laurel para la frente
del que venciese al contrario,
rehusó darle á ninguno,
de las dos partes instado,
de unos y de otros confuso,
y de todos admirado.
En la suspension dudosa
del marcial éxtasis, vario
estaba el campo, teniendo
la fortuna en igual grado,
quando á Soliman distingo
en un albanes caballo,
monte vestido de pieles,
y de azabache peñasco.
La lanza en ristre le busco,
y ácia él con denuedo parto;
pero el Turco valeroso
la fuerte adarga embrazando,
batió el encuentro, y del golpe
tan altas los dos echamos
las dobles erradas lanzas,
que al romper el azul claustro,
subiendo hastillas de pino,
flechas de carmin baxáron.
Al segundo choque fué
Soliman mas desgraciado,
pues traspasando mi acero
su bruñido arnes grabado,
peligrosamente herido
se desprendió del caballo,
donde del turbante roxo
la pedrería saltando,
mullido catre le forma
de diamantes y topacios,
y rindiéndose á mi esfuerzo,
á las tiendas le lleváron,
en donde mandé que fuese
zelosamente curado;
porque honrar al enemigo
ha sido siempre acertado.
Preso el General, sus tropas
de tal modo desmayáron,
que por mas que Muley Xeque,
que era el Comandante ó Cabo
del cuerpo que sostenia
el sitio, vino á su amparo,
tanta era la confusion,
el miedo y el sobresalto,
que no atendiéron las voces
con que procuró animarlos,
pues en vergonzosa fuga
la funcion desampararon.
Así de las corbas hoces
á los yerros afilados
la cerviz dorada inclinan
las rubias mieses del campo,
como de nuestros soberbios
desnudos alfanges blancos
víctimas fuéron los tristes
Infieles acobardados.
Era la medrosa noche,
cuyas sombras duplicáron
del humo y del polvo espesos
caliginosos nublados:
y aunque su lobreguez mustia
nos estaba convidando
á exterminar á los Turcos
deshechos y derrotados,
que por un estrecho puente
el Danubio repasáron;
y en donde el temor á muchos,
que los cortaba los pasos,
dió monumentos de espumas
con trasparente epitafio:
rezeloso en aquel lance
de los fatales acasos
que de la noche las sombras
tal vez han ocasionado
hacer la puente de plata,

de-

determiné lo contrario;
y así toqué á retirar,
vuelta á los quarteles dando,
en donde supe que el oro,
retóricamente sabio,
persuadió con eficacia
á los infieles soldados,
á quienes de Soliman
la custodia habia fiado,
á que en un ligero bruto
le hiciesen poner en salvo:
noticia que engendrar pudo
en otros algun cuidado;
pero en mí no, pues si miro
que en venganza de su agravio
vendrá mañana, trayendo
nuevo exército á su cargo,
y esto ha de ceder en gloria
de nuestro valor gallardo,
razon es que vuelva libre
quien nos favorece tanto.
A la mañana siguiente
reconocimos el campo,
en donde fué tan copioso
el número extraordinario
de militares pertrechos,
de bélicos aparatos,
y de importantes tesoros,
que en sus quarteles hallamos,
que excedió de nuestra idea
los senos imaginarios;
por cuya razon las tropas
en jubilosos disparos
al gran Dios de las Batallas
reverentes saludáron,
dándole gracias humildes,
finos, gozosos y ufanos,
porque fió de nosotros
el castigar esforzados
á los que su santo nombre
tantas veces injuriáron.
Este aplauso generoso,
este vencimiento raro,
esta singular victoria,
este triunfo soberano,
ni es vencimiento, ni es triunfo,
ni es victoria, ni es aplauso,
para quien brioso espera
de su valor inflamado,
obscurecer la memoria
de los héroes Otomanos,
rompiendo sus medias lunas,
y de cruces coronando
de sus elevadas torres
los chapiteles dorados,
hasta conseguir que sea
su Imperio del nuestro esclavo,
y la gran Constantinopla,
Corte del mundo christiano;
porque vuestro nombre augusto,
siempre pio, y siempre claro,
en caractéres de bronce,
en láminas de alabastro,
á los venideros siglos
logre quedar estampado.

Aurel. ¡Gran batalla!

Per. ¡Noble empresa!

Lidor. De envidia y cólera rabio: *ap.*
mas la carta hará su efecto,
pues conviene con el caso.

Rey. Dé principio mi cautela *ap.*
al designio meditado.

Per. De esta vez me hacen Alferez,
ó Capitan de caballos.

Rey. Federico, los trofeos
de que venís coronado,
que sois buen Capitan muestran,
pero desleal vasallo:
y pues los piadosos cielos
de revelar se han dignado
de vuestras inteligencias
los mas ocultos arcanos,
del mando desposeido,
del empleo exhonorado,
de mi Palacio salíos,
de mi Corte retiraos,
si no pretendeis soberbio,
atrevido y temerario
que contra vuestra cabeza
esgrima mi ceño airado
justo decreto, que firme
el acero, y no la mano.
¡Ay Federico! perdona *ap.*
á mi cariño este agravio. *Vase.*

Fed. ¡Divinos cielos, qué escucho!

Per. ¡Buenos habemos quedado!

por

por Dios que la Alferecía
se fué á dolor de costado.

Lidor. Duque, pues su Magestad
se mira tan irritado,
sin duda que á sus enojos
grande motivo habeis dado:
riguroso es el castigo,
mas con justicia aplicado
á quien traidor pone en venta
la vida del Soberano.
Ea, ambicioso deseo, *ap.*
ya el primer triunfo has logrado.

Vase por donde se fué el Rey, y quiere detenerle Federico.

Fed. Aguarda, Lidoro, escucha,
que mi honor:::-

Per. Echale un galgo:
ten paciencia, que ahora empiezas
á beber aquestos tragos.

Aurel. Federico, yo no creo,
que vos hayais intentado
obscurecer vuestras glorias
con lunares tan infaustos:
lo que creo es, que la envidia
vívora de los Palacios,
en sus venenosas garras
pretende despedazaros:
cosas son de la fortuna,
y así, Señor, conformaos,
que el tiempo todo es mudanzas,
hoy dichas, mañana agravios. *Vase.*

Per. Este habla bien, pero escapa;
porque en cayendo un Privado,
todos le tiran, y todos
huyen de él como del diablo.

Fed. ¡Ay infelice de mí!
llegó de mi muerte el plazo.

Per. ¿Qué es esto, Señor, qué es esto?

Fed. Qué ha de ser, que desplomado
de mi privanza el robusto
instable edificio vago,
se desprende pavoroso
la gran máquina arruinando,
en quien la fortuna quiso
coronarme de sus lauros.
Ya se apagá este lucero,
ya se humilla este peñasco,
ya se desmaya esta rosa,
ya se disuelve este rayo,
y ya en fin aquesta nave
corre el último naufragio.
¡Ah fortuna, quán volubles
son tus mentidos halagos!
A Dios, militares glorias,
á Dios, bélicos aplausos,
á Dios, baston abatido,
á Dios, laurel deshojado,
á Dios, procelosa Corte,
Patria comun del engaño,
á Dios, que ya de tu centro
lleno de congojas salgo.
¡Yo de traidor convencido!
¡de desleal yo ultrajado!
Eterna será la vida
que al oirlo me ha sobrado.
¿Pero qué es lo que pronuncio?
¿cómo infiel conmigo hago
de plática tan odiosa
cómplice indigno á mi labio?
Empañen tupidas nubes
el brillante cielo claro
de mi lealtad, que es mas pura
que ese blandon de los astros:
que alguna vez, pues el cielo
no permite los agravios,
saldrá el sol de mi inocencia
de tan obscuros nublados
á disipar los vapores
que la envidia ha condensado:
y hasta que amanezca el dia
de tan ciertos desengaños,
lloremos, ojos, lloremos,
sintamos, penas, sintamos. *Vase.*

Per. Ayer, que para sus cosas
necesitó el Rey á mi amo,
de mercedes y grandezas
le llenó de arriba abaxo;
y hoy que no le necesita,
le envia á espulgar á un galgo:
y si esto hace un Rey, señores,
¿qué hay que fiar de un Indiano?

JORNADA SEGUNDA.

Dentro voces en distintas partes.

Unos. Ataja, que dando el ayre
volantes rizadas flechas,
herido el javalí, busca
en el monte su defensa.
Otros. Seguidle todos, seguidle
ántes que al prado descienda.
Unos. A la cumbre. *Otros.* A la espesura.
Unos. Al monte. *Otros.* Al valle.
Todos. A la selva.

Salen Federico y Peregil de caza.

Fed. Peregil, pues el estruendo
de las ruidosas inquietas
dulces venatorias salvas,
que la verde region pueblan
de este enmarañado bosque,
cuya fragosa maleza
los cristales del Danubio
bulliciosamente riegan,
publica que á los confines
de su matizada esfera
para el Rey nuestro Señor,
cuya vida al ave exceda,
que el mauseolo de rosas
transforma en cuna de perlas,
en tan deliciosa tarde
la batida está dispuesta.
Ya que el venenoso ceño
de esa injusta deidad necia,
á quien diéron los Gentiles
adoraciones y ofrendas:
la fortuna, en fin, que airada
en mí sus rigores prueba,
me desvanece la gloria
de que yo su rostro vea
desde aquel infausto dia
en que contra mi inocencia
abortó la envidia todo
el volcan de su fiereza,
dexando para otro tiempo
la grata diversion nuestra;
separados del bullicio
demos á la Quinta vuelta.
Per. Por mí vamos al instante
á la Quinta, ó á la Sexta;
porque yo estoy á la Quarta,
y van ya á tocar á Tercia.
Fed. ¿Posible es que no te guste
de la caza la tarea?
Per. ¿La caza? ¡Jesus! los dedos
me suelo comer tras ella.
Fed. ¿Quándo?
Per. Quando está en el plato
con su sal y su pimienta.
Dent. unos. Por aquí, por aquí baxa.
Lidor. Disparadle. *Todos.* Muera, mu-
Dent. el Rey. ¡Jesus mil veces, Jesus!
Per. Otra música es aquella.
Dent. Aurel. Acudid, acudid todos,
que al Rey, por inadvertencia,
herido el caballo, arroja
desde las mas altas peñas.
Unos. ¡Qué lástima! *Otros.* ¡Qué desdi-
Unos. ¡Qué sentimiento! *Otros.* ¡Qué pe-
Per. Señores, ¿no es fuerte cosa
que entre Reyes y Princesas
siempre paren en despeños
las cazas de las Comedias?
Fed. ¿A qué mi valor aguarda,
que á socorrer no me lleva
del Monarca mas heroyco
la mas infausta tragedia?
Per. Eso sí, hazte pedazos
por librarle de la quema,
y que todos sus amigos
se estén con la boca abierta;
pero en viendo el riesgo al ojo,
el mas amigo la pega.
Malo es aquello: el caballo
al Rey precipitó en tierra,
y enlazado del estribo
le arrastra, hiere y golpea:
aunque disparado corre
atina con la vereda,
porque hoy el que mas dispara,
es el que mejor acierta.
Pero mi amo á las salidas
le va cogiendo las vueltas:
no corre tanto en Madrid
junto á la Casa Profesa
el alquiler de una casa,
como él los pasos aprieta:
ya se le pone delante,
ya en detenerle se empeña,
y

ya desnuda el blanco acero,
ya las rodillas le quiebra,
y el que ántes gastaba plantas,
hoy ya no puede echar piernas:
ya al Rey, que está desmayado,
del estribo desenreda,
ya en sus hombros le recibe:
¡fuego de Dios como pesa!
Parece por lo rollizo
panadero de Ballecas:
¿Iré á ayudarle, Señor?
sí, que en este caso es fuerza;
pero no quiero que digan
que se executó la fiesta
con ayuda de vecinos,
que será geringa y media.
Ya de las peñas le libra,
ya por el bosque le lleva,
y despues de estas andanzas
ya le trae á mi presencia.

Sale Federico, que trae al Rey sobre sus hombros, y le reclina en una peña que habrá en el teatro.

Fed. Volved ya, Señor, volved
del éxtasis que enagena
sus operaciones sabias
á vuestras nobles potencias:
ved que pendiente del susto
está la Ungría suspensa,
y del dolor traspasada,
ni aun los suspiros encuentra:
no la helada sangre al mundo
prive de alma tan perfecta,
pues para vivificarla
daros sabrá mi fineza
todo el calor de mi pecho,
todo el carmin de mis venas.

Per. ¡Miren qué paso tan tierno,
si con una dama fuera!
mas con damas tales pasos
al mas recoleto alteran.

Fed. ¡Ay de mí, que poseido
de la rígida violencia
del accidente, que cubre
sus ojos de noche eterna,
aun no da señas de vida!

Per. Me rio yo de esas señas:
mugeres he visto yo
que han estado con la vela,
y luego han despavilado
maridos como gragea;
mas una gran cosa logra
el Rey si se muere de esta.

Fed. ¿Y quál es? *Per.* El libertarse
de médicos y recetas,
que para ir al otro mundo
son las postas mas ligeras.

Fed. Calla, loco, que no es *Dale.*
ocasion de burlas esta.

Per. ¿Burlas? mal año en las burlas,
que á mí se me han vuelto veras.

Fed. Anda, llégate á la Quinta,
y dispon con diligencia,
que para llevar el cuerpo
envien una litera,
miéntras yo de aquella fuente
(que si ayer clara y risueña
venturas de amor cantaba,
hoy fúnebre y lastimera
con sollozos de cristal
esta desgracia lamenta)
voy por agua, pues no basta
la que mis ojos anega. *Vase.*

Per. Está muy bien: voy corriendo,
ya que hoy en esta selva
la carrera del caballo
nos hace andar á carrera. *Vase.*

Sale Lidoro de caza.

Lidor. ¡Qué débiles en el mundo
son de los hombres las fuerzas
quando el cielo no se pone
de parte de sus ideas!
Dígalo yo, que aspirando
á trono, cetro y diadema
de Ungría, á costa de tantas
sediciosas turbulencias,
resolví dar muerte al Rey
en lo oculto de estas breñas;
para cuyo fin dispuse,
que al ir siguiendo las fieras,
un Montero, á quien el oro
animó para la empresa,
un tiro le disparase,
como que fué inadvertencia:
pero el cielo, que hoy airado
mis máxîmas desordena,

permitió, que errado el tiro,
tan solo al caballo hiriera;
y aunque asombrado del golpe
al Rey precipitó en tierra,
y del estribo pendiente
le emboscó por la maleza,
hasta perderle de vista
toda su familia Regia,
que acobardada del susto
por varias partes se ausenta,
ménos yo, que deseando
ver el fin de su tragedia,
discurrí el frondoso bosque,
y en su intrincada aspereza
encontré al bruto, manchando
de corales las arenas;
temo:: ¿Mas qué es lo que miro?
¿es ilusion de la idea?
¿no es el Rey aquel que yace
reclinado en una peña,
de un trágico parasismo
entregado á la violencia
que su corazon oprime?
él es, ó mienten las señas.
Propicia ocasion me ofrece
la ambicion que me alimenta
para quitarle la vida,
sin que ninguno lo entienda:
Sea, pues, este puñal *Saca un puñal.*
instrumento de su ofensa;
mas por si acaso es fingido
el desmayo, será fuerza
que llegue con disimulo
á asegurar mi sospecha.
Señor invicto:::-

Rey. ¡Ay de mí! *Vuelve en sí.*

Lidor. A la vayna el puñal vuelva,
pues aquí ya es imposible
que yo darle muerte pueda.

Rey. ¿Qué es esto, cielos divinos?
¿donde estoy? ¿quién me despierta
del pavoroso letargo
que del golpe á la violencia
adormeció mis sentidos,
quando al cruzar la maleza
del bosque hirió mi caballo
de fuego una veloz flecha?

Lidor. ¿Quién, sino es yo, gran Señor,
quién, sino es yo, ser pudiera
el que olvidado de quanto
amable la vida sea,
supo abandonar la suya
por librar, Señor, la vuestra?
(para no perder su gracia
válgame una estratagema)
pues viendo que inobediente
al imperio de la rienda
disparado el feroz bruto,
por la fatal contingencia
de aquel desmandado tiro,
os arroja, y os despeña,
veloz le salí al encuentro,
y abatiendo su soberbia
de su sangre en el mar roxo
hice que ahogado muriera.

Rey. No en vano, Lidoro amigo,
tus lealtades grangean
tanto lugar en mi pecho,
como mi cariño muestra,
pues solo á tu bizarría
debo tan grande fineza:
y así de primer Ministro
á la dignidad suprema
te elevo.

Lidor. Por tantas honras
tus plantas mi labio besa.
¡Ah, quién pudiera rabioso
darte la muerte sangrienta!

Rey. ¿Qué dices?

Lidor. Que vuestra vida
los cielos hagan eterna.

Salen Federico con agua, y Aurelia.

Fed. Aquí quedó: ¿mas qué miro?
mil veces enhorabuena
sea el venturoso instante,
en que venciendo las nieblas
que vuestro sol eclipsáron
en tan lúgubre tragedia,
restituyais los candores
de sus claras luces bellas
á los montes, á los prados,
á los riscos, á las selvas,
que tristemente lloraban
de tanto esplendor la ausencia.

Sale Peregil apresurado.

Per. Ya en la Quinta::- ¿mas qué veo?

frustróse la diligencia:
y pues ya el Rey está bueno,
voy á decir que no vengan:
fiense ahora en congojas,
desmayos y pataletas,
y mas de damas al uso,
que de prevencion los llevan,
y en medio de una visita
suelen ensuciar la fiesta. *Vase.*

Rey. ¿No os he dicho, Federico,
que no entreis á mi presencia?

Fed. Nadie como yo, Señor,
vuestros preceptos venera;
pero tampoco ninguno
hay que en el amor me exceda
de vuestra augusta persona:
y así teniendo la pena
de ver que precipitado
con la herida que le aqueja
el indómito hipogrífo,
que de los del Sol fué afrenta
os despide de la silla,
y arrastra sobre la arena,
dándole muerte animoso,
evité, Señor, la vuestra.

Lid. ¡O envidia, que aquesto escuche! *ap.*
rabio de enojo y de pena;
pero aquí me es conveniente
que el Rey su verdad no crea.

Rey. ¿Con qué vos me librasteis
del riesgo?

Fed. Aunque no es fineza,
para quien otras mayores
por vos tiene, Señor, hechas,
permitidme y dispensadme
que me glorie de aquesta;
porque quando un infeliz
la fortuna lisongea
con tan altas proporciones
de acrisolar su inocencia,
desvanece en ocultarlas
la dicha de poseerlas.

Lidor. ¿Pues cómo, traidor, villano,
engañosamente intentas
atribuirte la gloria
que á mí el cielo me dispensa?

Fed. Como yo tan solo he sido
dueño de accion tan excelsa;
si bien es verdad, Lidoro,
que si yo sabido hubiera,
que tú de méritos mios
labrar tu fortuna ordenas,
enmudeciera mi labio,
porque á mi lealtad suprema
lograr la empresa le basta,
y mas que el premio se pierda.

Lid. Quien dixere::- *Empuñan.*

Fed. Quien pensare::-

Rey. Basta: ¿cómo en mi presencia
teneis atrevidamente
osadía tan resuelta?

Lidor. Señor::- *Fed.* Señor::-

Rey. Ea, basta:
y este duelo se suspenda,
que bien sabe mi cariño
á quien la vida le deba.
Cielos, ya se ha descifrado *ap.*
el enigma y la sospecha:
Federico es traidor, puesto
que los méritos se agrega
de Lidoro, para ver
si en premio de tal fineza
le restituyo á mi gracia
para lograr sus ideas;
pues ya no hay mas que esperar,
castíguele su soberbia.
Federico, ayer os dixe, *Á él.*
que jamas á ver volvieras
mi rostro, si no queriais
irritar mas mi clemencia:
y pues no habeis respetado
hoy mis órdenes supremas,
desde mañana mi enojo
os extraña, os destierra
de mi Reyno, y solamente
os perdona la cabeza;
porque quando el Gran Señor
á Ungría á conquistar venga
la Corona que os ofrece,
tengais adonde ponerla.
Venid los dos, que ya es tiempo
de que á la Quinta me vuelva,
porque el susto y la caida
algo indispuesto me dexan,
y hasta mañana á la Corte
mi regreso es bien difiera. *Vase.*

Au-

Aurel. Tus mandatos obedezco. *Vase.*
Lidor. Lográronse mis cautelas. *Vase.*
Fed. ¿Esto mas, cielos divinos?
¿dónde, dónde habrá paciencia
para ver que se transformen
mis servicios en ofensas,
mis méritos en agravios
y en desdoro mis finezas?
¿Traidor yo, quando latiendo
está en mis heroycas venas
el brillante honor de tanta
esclarecida ascendencia?
¿Traidor, quien sacrificando
su vida y su inteligencia,
ya en los regios gabinetes,
ya en las marciales palestras,
á los dardos de la envidia,
y del cañon á las flechas
gloriosamente sostuve,
Atlante de mis firmezas,
de Ungría el robusto Imperio,
que ya se venia á tierra
á los incesantes golpes
de las huestes Sarracenas?
Y en fin, ¿traidor yo, que viendo
del Rey la desgracia fiera,
en alas de mi cariño,
que á las del viento superan,
ya que no pude evitarla,
logré al ménos suspenderla?
¿Mas quándo, quándo en el mundo
de este modo no se premian
los corazones leales,
y las justas inocencias?
¿Qué haré en tantas aflicciones,
desventuras y miserias?
¿Quién me refugiará, viendo
en mi semblante mi afrenta?
Pero ya, pues de mi honor
corre la nave tormenta,
piérdase todo, ó consiga
hallar el puerto á que anhela.
De mi Quinta á la del Rey,
que de la familia nuestra
fué mucho tiempo, hasta tanto
que á su Magestad excelsa
la dió mi difunto padre,
una oculta mina llega,
que para varios intentos
se fabricó con cautela;
y que ignorada de todos,
por escondida y secreta,
me ofrece el paso seguro
hasta una curiosa pieza,
en donde el Rey por las noches,
quando en la Quinta se hospeda,
como este dia sucede,
en los libros se recrea:
por ella esta noche intento,
sin que el riesgo me estremezca,
subir á hablarle animoso,
pues consigo en tal empresa,
ó que mis lealtades viendo
por mi inviolado honor vuelva,
ó que irritado de ver
mi atrevida inobediencia,
mande que me den la muerte;
pues vengo á lograr con ella
que cesen mis sentimientos,
que mis ansias se suspendan;
y en fin, que de una vez pase
mi lealtad y mi inocencia,
todo el mar de las congojas,
todo el golfo de las penas. *Vase.*

Sale Peregil.

Per. En fin, despues que nos hizo
estirar los cordobanes,
volvió el Rey del accidente
que le apretaba el gaznate,
con que quedáron asperges
Clérigos y Sacristanes:
hizo bien en no morirse,
aunque el doctor lo mandase;
porque si viera un difunto,
por consuelo de sus males,
lo que en su casa sucede
así que del mundo parte,
habia de echar de rabia
las tripas, y los cuajares.
Mas pues estamos despacio,
y no nos inquieta nadie,
para divertirnos vaya
una pintura de lance.
Apénas cierra los ojos
el enfermo á los arranques
de la muerte, ó del doctor,

que todo es uno en Romance,
(pues donde un Médico entra
al punto un difunto sale)
abren tanto ojo los hijos
viendo la herencia delante,
y la muger de alegría
está que danza en el ayre.
Descerrajan los baúles,
y los escritorios abren:
Si dexó mucho, buen hijo:
si dexó poco, mal padre:
si hay talego, era un bendito,
un siervo de Dios, un Angel:
mas si no le hay, era un bruto,
un perdido, un alarbe;
aunque por mucho que dexe
todo poco se les hace:
y miéntras ellos gozosos
echan á la mosca el guante,
el inocente difunto,
tendido como un alarbe,
está sufriendo las vueltas
de una vieja perdurable,
que al coserle la mortaja
le atenacea las carnes,
y de los sepultureros
los golpes inaguantables,
pues del primer pisonazo
todos los sesos le abren:
y la viuda? haciendo el mau
con sollozos y con ayes,
y el corazon mas alegre
que una escuela de danzantes:
vestida toda de luto,
cédula, que dice al ayre:
aquí se alquila una boda,
el que quiera, que no tarde.
Viene luego una parienta
con seis docenas de pages,
no para darla consuelo,
sino solo para hartarse
de dulces y de bebidas,
melindres y chocolate;
y la dice: Ay, hija mia!
contemplote en este lance
traspasada de dolores:
ello la pérdida es grande,
qué se ha de hacer? Dios lo ha hecho,
es menester conformarse;
mañana irémos nosotros:
este mundo ya se sabe
que no da de sí otra cosa:
hija, no hay que acongojarse.
Viene despues un usía,
de estos que viven del ayre,
dando pésames por fuerza,
y enhorabuenas de valde,
y frunciendo los hocicos,
extático de semblante,
la dice: acompaño á usted
en el sentimiento grave
de la muerte de Don Pedro:
qué galan era! qué afable!
qué cortés! qué bien hablado!
qué prudente! qué galante!
pues á liberal (Jesus!)
no le ganaria nadie:
y quando daba un ochavo
le cascaba un mal de madre.
Ay, Señores, dice entónces,
la viuda con dos mil sales:
yo no sé cómo estoy viva
con pérdida semejante!
Quién me recogerá, quién?
ya yo me quedo en la calle.
Ay, señorita, responde
el usía galafate,
vaya, que no faltará
quien á llevar se prepare
de tan hermosa prebenda
la dulcísima vacante.
Quién me ha de querer á mí?
Ay, Jesus, qué disparate!
Pues, Señora, hablemos claros:
si mi amor::- pero esto baste:
usted quiere? Si señor:
pues al instante, al instante:
y de este modo en un punto,
sin enfriar el cadáver,
lo que era entierro ya es boda,
y el llanto se vuelve en bayle:
ó quanto de esto sucede
en Madrid, y en otras partes!
Mas pues ya mi amo á la Quinta
habrá tomado el portante,
y ya el Rey entró en la suya,

voy diligente á buscarle,
que á las horas del comer
no es bien que un criado falte.

Vase, y salen Lidoro y Aurelio.

Lidor. Aurelio, quando los Reyes,
que son de Dios viva imágen,
y por lo mismo propensos
mas á derramar piedades,
que no á fulminar rigores,
toman providencias tales;
quién duda, que es el motivo
tan poderoso, y tan grave,
que no dexa en su justicia
puerta á las benignidades?
y así tened entendido
en suceso tan notable,
que pues ayer demostrando
la estimacion, que de él hace,
colmó el Rey á Federico
de honores y dignidades,
y hoy, despojado de todas
sus grandezas singulares,
le destierra de sus Reynos
con severidad tan grande;
para esta accion rigurosa
causa habrá tan dominante,
que de la clemencia anule
las dulces leyes suaves.

Aurel. Ay Lidoro! yo creyera
esa opinion, sin exâmen.
á no saber claramente,
que en los Palacios Reales,
golfo que abriga tormentas,
y ofrece serenidades,
de la emulacion rabiosa
á los furiosos embates
fracasan las inocencias,
y peligran las verdades.
Feliz el que, separado
de su turbulenta márgen,
goza de una paz benigna
las dulces tranquilidades!
y desdichado de aquel,
que en tan alhagueña cárcel
arrastra cadenas de oro,
grillos rompe de diamantes:
pues expuesto á los rencores
de algun vil traidor cobarde,
quanto mas al solio asciende,
mayor caída le abate.

Lidor. Eso es decir, que el suceso
de su tragedia notable
se origina de que alguno
(mal puedo disimularme) *ap.*
envidioso de sus glorias,
tiró acaso á derribarle?

Aurel. Es muy cierto: y si yo hubiera
de mostrar con realidades
la opinion á que me inclino,
dixera en aqueste lance::-

Lidor. Qué?

Aurel. Que vos sois el traidor,
que la fama le quitasteis.

Lidor. A qué mi furor aguarda?
Muere, aleve. *Riñen.*

Aurel. Muere, infame. *Sale el Rey.*

Rey. Qué es aquesto?

Lidor. Qué ha de ser?
que ese desleal cobarde
murmura de vuestras leyes
los preceptos inviolables,
diciendo que es injusticia
que á Federico se trate
con rigor; y que si en ello
persiste vuestro dictámen,
en venganza de su injuria
sabrá verteros la sangre.

Aurel. Señor::- *Rey.* No me digais mas.

Aurel. Advertid, que yo::-

Rey. Ea, baste,
que yo sabré al que soberbio
torres fabrique en el ayre,
ántes que su fin consiga,
la cabeza derribarle.

Aurel. Yo sí::-

Rey. Que aun tienes aliento,
villano, para mirarme?
Vete ya de mi presencia,
y agradece á mis piedades,
que en un público cadahalso
no tus designios ataje.

Aurel. ¡Que esto se consienta, Cielos!
¡Ah traidor abominable!
aunque me cueste la vida,
de tí tengo de vengarme. *Vase.*

Rey. Tú, Lidoro, claro espejo

de la verdad mas constantte
los brazos me dad por tantas,
finezas imponderables.

Lidór. Señor, á mí tantas honras?

Rey. Otras mayores te caben,
pues á tí solo te debo,
con fidelidad tan grande,
la vida, y sobre la vida
todas mis felicidades. *Vase.*

Lidor. Cielos, ya va á descubrirse
la artificiosa, la grave
máquina, que los rencores
de mi ambicion insaciable
labrar supiéron á impulso
de cavilaciones tales:
qué mas feliz coyuntura,
qué ocasion mas favorable
para lograr la Corona
la fortuna puede darme?
Ya el Rey en su Gabinete
(pues del golpe de esta tarde
se halla tan restablecido,
que no ha querido acostarse)
estará solo, gozando
de la lectura agradable
de los libros, cuyo estudio
corona el desden de Dafne:
y pues yo de él, por mi empleo,
tener consigo una llave,
darle la muerte dispongo,
y despues::- mas cosas tales,
hasta que el tiempo las cuente,
justo es que el labio las calle.
Fortuna propicia, siempre
mis designios amparaste,
en éste me vá la vida,
no tu proteccion me falte. *Vase.*

Sale el Rey.

Rey. Si el hombre, dixo un sabio, á ver llegára,
por mas que la ambicion le poseyera,
la fatiga interior, que el pecho altera
de un Rey, que al bien de todos se prepara,
aunque la singular diadema rara
de todo el Universo á sus pies viera,
no solamente no se la pusiera,
sino es que por no verla se ausentára.
El Laurél, que del Cielo los rigores
burla felíz: á las iras crueles
de la tierra deshoja sus verdores
en los régios magníficos Doseles:
que aunque el Laurél recrea con sus flores,
tambien tienen espinas los Laureles.
Ah Cielos! quán á mi costa,
si exâmino mis sucesos,
de opinion tan verdadera
reconozco los aciertos!
Apénas el Rey mi padre,
mayor Diadema adquiriendo,
de Ungría, y de Transilvania
colocó en mi mano el Cetro,
quando sobre mí distingo
en continuo movimiento
negocios tan intrincados,
cuidados de tanto peso,
que en los sustos con que vivo
malogro lo que poseo.
Dexo á un lado, que sedienta
de sorberse el Universo,
la Puerta Otomana quiso
invadir todos mis Reynos:
bien que sin fruto, pues quando
logró mayores trofeos,
vino á ser en marcial choque
derrotada, y hasta el viento
castigó de sus banderas
los desanimados vuelos:
y voy á las graves dudas,
sustos, y desasosiegos,
que me cuestan los negocios
interiores de mi Reyno.
Yo blandamente inclinado
á las prendas, y talentos
de Federico, que supo
lugar hacerse en mi afecto,
no solo de mi Corona
le fié todo el gobierno,
sino es tambien los arcanos
mas ocultos de mi pecho.
El por otra parte, tanto
desempeñó sus empleos,
que no dexó á mis temores
ni aun el mas leve rezelo.
Pero dixo bien un sabio,
tan prudente como experto,
quando dixo: que si un hombre
de otro hombre pudiera atento,

como por una vidriera,
ver del corazon el centro,
nada viera, porque solo
al contemplarle tan lleno
de cavilaciones, fraudes,
engaños, y fingimientos,
ó se tapára los ojos,
ó se fuera de él huyendo.
Yo no ignoro, que la envidia
tiene solo por empleo
derribar á quantos logran
algun superior asiento;
pero en el caso presente
no tiene entrada su empeño,
pues nadie sino Lidoro
su traicion ha descubierto:
y éste lo hace, movido
de su lealtad lo primero,
y lo segundo, del grande
cariño que yo le debo:
pues cómo::- Pero parece
que en mis sentidos vertiendo
las suaves confecciones
de sus opios, y veleños,
ladron apacible usurpa
sus exercicios Morfeo.
Descansar pretendo un rato *Siéntase.*
en aquesta silla. O sueño!
quién podrá exîmirse, quién,
de las leyes de tu imperio,
si á tu potencia tributan
hasta los Monarcas feudo!

Duérmese, y sale Federico.

Feder. Clara benévola Estrella
del superior Firmamento
mis intenciones dirige,
patrocina mis deseos,
pues sin ser de nadie visto
he llegado á este aposento.
El Rey al grave cansancio
rendido, segun observo,
de la caza de esta tarde,
y del accidente fiero,
dormido se dexa ver;
y pues á este sitio pienso,
que nadie entrar puede, á causa
de estar cerrado por dentro,
y en quedarme en él oculto
nada por ahora arriesgo,
entre tanto que despierte
á este lado esperar quiero.

Retírase á un lado del paño, y por el otro sale Lidoro.

Lidor. Ya me brinda la fortuna
con el fin de mis intentos,
pues allí descubro al Rey
sobre una silla durmiendo.
Feder. Qué miro? Lidoro es este;
malogróse mi desvelo:
que no previniese yo,
que por razon de su empleo
tiene de estos quartos llave?
hay mas infeliz suceso!
Lidor. Y pues no puede la suerte
proteger mejor mi arresto,
desnude el puñal agudo
la cólera de mi pecho,
y dé principio su muerte
al logro de mis deseos.
Feder. Qué escucho, Cielos Divinos!
habrá mas aleve intento!

Va Lidoro á dar al Rey con el puñal, quítasele Federico, y teniéndole asido, despierta.

Lidor. Muera, pues.
Feder. Traidor, aguarda.
Lidor. Suelta atrevido.
Rey. Qué es esto?
Lidor. Que ha de ser, Príncipe Augusto?
lo que demuestra el suceso:
vos dormido, ese villano,
que hasta aquí vino encubierto,
con el acero desnudo
para herir vuestro Real pecho;
y yo al mirar su traicion,
vuestra vida defendiendo.
Feder. Señor::- yo::- si::-
Rey. Calla, calla,
bárbaro monstruo sangriento:
Ah de mi guardia, soldados;
Ola, Fabio, Julio, Aurelio.

Sale Aurelio, y Peregil.

Aurel. Gran Señor, qué es lo que mandas?
Per. Gran Señor; pero qué veo?
mi amo aquí? por dónde vino,
si yo ahora en casa le dexo?

él tiene gana sin duda
de que le muelan los huesos.
Rey. A la torre de Palacio
llevad á ese traidor preso,
en donde á quantos conspiran
contra mi vida y mi Reyno
escarmiente su cabeza.
Per. Eso es tirarle al degüello.
Lidor. De gran peligro he salido. *ap.*
Aurel. Viva estatua soy de yelo;
pero para mí estos son *ap.*
de Lidoro fingimientos.
Fed. Gran Señor, de tus rigores
á tus piedades apelo:
oidme, Señor, oidme.
Rey. Que aun tengas atrevimiento
para hablar? Ea, llevadle.
Fed. No siento, Señor, no siento
la injusta muerte, que aguarda
mi triste inocente pecho;
solo el corazon me parte
el llegar á ver (ah Cielo!
quién para inmensos dolores
raudales tuviera inmensos!)
que en esta ocasion, violando
de la clemencia los fueros,
obscurezcais, gran Señor,
el blason de justiciero.
Vos, Señor, á quien en tantas
lides, en tantos empeños,
ya en la Corte gobernando,
ya en la Campaña venciendo,
de mis lealtades heroycas
dadas tantas pruebas tengo:
solo por un leve informe
de toda verdad ageno,
y producido de quien
intenta::- pero callemos,
que mas que mi labio explique
pronuncia aquí mi silencio.
Vibrais las agudas flechas
de rigurosos decretos
contra una vida, que ha sido
escudo del Laurel vuestro:
qué dirá el mundo, Señor,
de tales procedimientos?
A quien os sirve zeloso
castigo le dais por premio?
Con tan vil desconfianza
se pagan tan nobles hechos?
Ea, pues, volved en vos,
mi Rey, mi Señor, mi dueño,
que venerando la tierra,
que hace vuestra planta cielo,
os pido, que deshagais
aqueste agravio á vos mesmo,
pues no debeis presumir
de hombre como yo ese yerro,
que soy quien sóy, y jamas
desdecir de quien soy puedo.
Así me volveis la espalda,
ayrado el rostro, y severo?
Muy cobarde es mi dolor,
pues no sufoca mi aliento.
En fin, Señor, qué respuesta
me dais, si es que la merezco?
Rey. Que del haberos quedado
oculto en el aposento,
y del haber esgrimido
contra mi vida el acero,
luego que dormido estuve,
vuestra deslealtad infiero:
y así, poneos bien con Dios,
porque habeis de morir presto.
Fed. Ay de mí! que ya la suerte
contra mi vida echó el resto.
Rey. Y á ese criado::-
Pereg. Qué escucho?
hora me dá cordelejo.
Rey. Aunque por cómplice infame
de los designios protervos
de ese traidor, merecia
para público escarmiento
colgarle de un árbol::- *Pereg.* Soga.
Rey. O quemarle vivo::- *Pereg.* Fuego.
Rey. No se le permita entrar
en mi Palacio. *Pereg.* Laus Deo.
Desde hoy me quedo en la calle,
mas ya en la plaza no quedo.
Rey. Ay Federico! qué mal
mi cariño has satisfecho! *Vase.*
Lidor. Feliz he sido, celébre *ap.*
mi ventura el Universo,
pues si muere Federico,
ya seguro el Laurel tengo. *Vase.*
Feder. Ah traidor falso engañoso!

Aurel.

Aurel. Venid, Señor, y los Cielos
sean testigos de quanto
vuestras desventuras siento.
Pereg. Mas lo siento yo, que voy
á aprender oficio nuevo:
ay amo del alma mia!
Feder. Quita, loco.
Pereg. Quito, cuerdo.
Feder. Aurelio, bien informado
estoy del cariño vuestro,
y nadie como yo sabe
el enemigo que tengo:
mas pues ya logra que pague
mi vida sus desaciertos,
calmarán de su codicia
los insaciables deseos:
el tiempo todo lo acaba.
Vamos á morir, Aurelio,
que nada mi pecho altera,
pues semejantes sucesos
juegos son de la fortuna.
Pereg. Malditos sean sus juegos.
Feder. Ya el último parasismo
de mis trágicos sucesos
llegó: pero en vano, en vano
respiro quejas al viento,
pues sordos á mis suspiros,
ya son de bronce los Cielos.
Ay del que nace del hado
á los rigores expuesto!
Ay del que al Solio se encumbra
para encontrar su despeño!
Y ay del que nace á ser tragico exemplo,
que á la fortuna representa el tiempo! *Vas.*
Pereg. Catate aquí Peregil,
la salsa de los gracejos,
hecho un pobre pelagatos
de un insigne caballero.
Esto es el mundo, mal año
para el pícaro embustero:
no quiero mas sinsabores,
yo retirarme de él quiero:
Vase quitando lo que dicen los versos.
A Dios, sombrero raido,
hombre de mucho desuello:
A Dios, peluquin peynado
con polvos de zapatero:
A Dios, militar vestido,
congregacion de remiendos:
á Dios, cortadora espada,
doncella, y no de estos tiempos:
á Dios, galas: á Dios, joyas:
á Dios, honras: á Dios, puestos;
que ya en despeño ha parado
de mi vida el desconcierto:
Ay del que viene á este mundo
para no tener dinero!
Ay del que sube á un andamio
para estrellarse los sesos!
Y ay del que nace á ser cabo y sargento
de la sopa que dan en los Conventos!

JORNADA TERCERA.

Sale Peregil de pobre ridículo, con dos muletas, una pierna de palo, un parche en un ojo, y una corcoba detras.

Pereg. Socorran de dos en dos
á quien por no tener cobre
es pobre; pero en ser pobre
tiene todo el bien de Dios.
Den limosna con franqueza
á un marido sin fortuna,
que quedó tullido de una
destemplanza de cabeza.
Duélanse con fé sencilla
de una pierna nada tierna,
tan cortés, que á la otra pierna
hincando está la rodilla.
Asistan á un buen christiano,
á quien un tumor de plomo
le virló tres dedos, como
por la palma de la mano.
Logre á todos compungir
esta corcoba de vino,
tan preñada, que imagino,
que está en dias de parir.
Lastímense del sonrojo
de un tuerto, que en una reja
le sacó el ojo una vieja,
porque echó á una niña el ojo.
Mucha gente que lo tiene
va, y viene donde estoy yo,
sin darseme mas por lo
que va, que por lo que viene.
Nadie me alivia cortés,

po

pues el hombre mas sencillo,
por no aflojar el bolsillo,
aprieta al punto los pies.
Ninguna, aunque esté asomada,
tira un quarto á mis porfias,
por que todos estos dias
la limosna anda tirada.
Reniego de la labor
con que mi sustento cazo
desde que cayó en el lazo
el bueno de mi Señor.
Por mas chillidos que dan
mis voces en tal quimera,
no encuentro quien darme quiera
un tapa boca de pan.
Mejor es en tal quebranto,
para echar medio quartillo,
tomar un hombre un platillo
del hoyo del campo santo;
y luego en las mañanitas
repetir, para que den:
Acordémonos del bien
de las Animas benditas.
Pero sin causa á sentir
llego esta vida gustosa,
porque el pedir una cosa
es que no hay mas que pedir;
pues si á decirlo me aplico
hoy en el mundo es sin freno
el fingirse malo, bueno,
y el hacerse pobre, rico.
Lo primero, yo no dexo
paga á todo quanto tomo,
porque el pobre es libre, como
el Barraco del concejo.
Yo me levanto caliente
á las diez como hombre antiguo,
y al instante me santiguo
con dos quartos de aguardiente.
A un garito mi fe baxa,
donde muchos se entretienen,
y así que las cartas vienen,
me meto al punto en baraja.
Dos tazas dan á la tuna
de caldo, y sopas por Dios,
y en demanda de las dos,
me voy corriendo á la una:
junto al galopin me emboco,
y que grito mucho escucho;
pero aunque yo grito mucho,
á mí se me da muy poco.
Esta comida cogida,
otra mi desvelo agencia,
porque lo que es esta ciencia
la llevo yo ya comida.
Por la tarde con fervor
me voy al sol de los prados
á buscar á mis criados,
por ser todos de mi humor.
Ellos al verme de chanza,
me pican con mil desuellos,
y por eso yo con ellos
traygo una grande matanza.
Luego á casa mi destino
dirijo á cerrar el ojo,
y en el camino recojo
lo que encuentro de camino.
Ceno mucho, bebo bien,
y duermo á pierna tendida;
y vé aquí toda mi vida
por siempre jamas, amen.
Este dulce guirigay
mucho á mi genio conviene:
pero ácia aquí Aurelio viene,
hombre de bien, si los hay.
En él mi amo, allá en la Torre,
no hay fineza que no encuentre;
y aun la plaza de mi vientre
de quando en quando socorre.

Sale Aurelio.

Aurel. Por aquí mi pecho ordena::-
mas qué miro? *Per.* Linda flor!
Aurel. No es Peregil? *Per.* No Señor.
Aurel. Pues quién eres?
Pereg. Yerba buena.
Aurel. Pues quién sin piedad, ni fe
puso á yerba buena así?
Pereg. La mala que descubrí,
y la buena que pisé.
Aurel. Qué tumores tan fatales
son los que tienes hoy dia?
Pereg. Bultos, que de noche cria
la humedad de los portales.
Aurel. Pues á que fin, sin cuidado,
pusiste en ellos los pies?
Pereg. A buscar lo que despues

me

me pesó de haber hallado.
Aurel. Y solo de tal ceguera
sus males tu cuerpo roba?
Pereg. Todos, ménos la corcoba,
que esa se echa el cuerpo fuera.
Aurel. Pues si todos los demas
allí tu pena encontró,
cómo la corcoba no?
Pereg. Porque esa viene de atrás.
Aurel. Y para que no se encone,
qué manda el Médico, qué?
Pereg. Que estudie en los libros de
Salgado de Retencione.
Aurel. Pero que por tus locuras
padezcas tanto dolor!
Pereg. Dios le libre á usted, señor,
de tentaciones á obscuras:
mas pues ya el hambre me altera,
y usted se muda á Palacio,
ya hablarémos mas de espacio.
A Dios, hijo. *Aurel.* Aguarda, espera.
Pereg. Usted me metió en su Tropa,
no tiene que hacer acá,
y yo tengo de ir á la
oficina de la sopa.
Aurel. No quieres á tu amo ver,
que por tí me ha preguntado?
Per. Cómo, si está mas cerrado,
que cajon de mercader?
Aurel. Yo conducirte prometo
á verle en desdicha igual;
pero esto ha de ser con tal,
que me guardes el secreto.
Per. Secreto yo? no batallen,
que no puedo. *Aurel.* Por que no?
Per. Porque aunque le guarde yo,
está á pique que me le hallen.
Aurel. Nada tienes que temer,
quando soy yo quien te llamo.
Per. Pues si yo veo á mi amo,
me viene á mí Dios á ver.
Aurel. Qué en fin vienes?
Pereg. Linda ropa!
Aurel. Pues vamos juntos los dos.
Pereg. Vamos aprisa, por Dios,
que se acabará la sopa. *Vanse.*

Sale Federico de prision.

Feder. Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el placer del morir
no me vuelva á dar la vida.
Dulce muerte, á quien camino,
ven, si te apiada mi voz,
tan escondida y veloz
como mi desgracia vino;
así logrará el destino
ver su sentencia cumplida;
apresura, pues, la herida,
muerte, y no suspensa quedes,
mas si tan veloz no puedes,
ven, muerte, tan escondida.
La muerte á mi mal esquivo,
que es solo el alivio infiero,
y así, el gozo de que muero,
temo que me dexe vivo:
por esto, ó muerte, apercibo,
que oculta me hayas de herir;
y así quando al dividir
tú segúr mi corazon
venir te sienta, dispon
que no te sienta venir.
Al que la vida prefiere,
la muerte veloz ofusca,
solo la muerte no busca
al que la vida no quiere:
de esto una duda se infiere,
que nadie ha de decidir:
si en el mundo, á mi sentir,
conseqüencia regular,
no es de vivir el pesar,
por qué el pesar del morir?
La suerte tirana, dura,
al que á ser infeliz llega,
hasta la muerte le niega,
porque sus males apura:
y como tanta ventura
es el conseguir su herida,
en tormenta tan crecida
recela mi dolor fuerte,
que el gozo de ver mi muerte,
no me vuelva á dar la vida.
Ay de mí! que mis suspiros
acrecienta mi dolor.

Sale Peregil.

Pereg. Señor, acá estamos todos:
alabado sea Dios.

Fed. ¿Peregil? ¡qué es lo que miro!
Per. Mudanzas del mundo son,
que juega con todos á
lo de quita, saca, y pon;
pues siendo ayer un Marques,
hoy un saca trapos soy.
Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer á hoy.
Fed. ¿Pero quién, dime, ha causado
tus graves males?
Per ¿Quién? yo,
pues hoy en dia, á Dios gracias,
mis males mis bienes son,
y con ellos paso una
vida de un Corregidor.
Fed. ¿Pues qué es eso de la pierna?
Per. Tramoya de elevacion.
Arroja las muletas, y empieza á correr.
Fed. ¿Qué es lo que haces?
Per. ¿Qué? volver
á las andadas, Señor,
Fed. ¿Y á que vas á la ventana?
Per. A ver si soy corredor.
Fed. ¿Y los dedos?
Per. Esa es otra.
Fed. ¿Qué los has hecho, bufon?
Per. Ellos son los que me dan
la mano en tanta afliccion;
pues si supieran la mosca
que caza aquesta invencion,
tomarian el tener
ménos dedos mas de dos.
Fed. ¿Qué es eso de la corcoba?
Per. Es mostrar que mi intencion
no es recta; pero me vale
cada semana un doblon,
que aunque es mal que atrás se queda,
jamás atrás se quedó.
Fed. ¿Y el ojo izquierdo?
Per. Ese es
mi mayorazgo mayor:
ahí no es nada lo del ojo,
consérvemele el Señor;
pues despues que él no vió nada,
no vió nadie lo que él vió.
Fed. ¿Y en qué estado está mi causa?
Per. Dicen, que de la prision
te sacarán brevemente:
pero será en procesion,
dirigiendo tu paseo
ácia la plaza mayor,
para que en ella el verdugo,
que es un buen sastre, por Dios,
eche en el ayre un cuchillo
de tu garganta el calzon.
!Ah! lleve el diablo al infame
pícaro revolvedor
de Lidoro, que es la causa
de toda aquesta funcion,
teniendo por qué callar,
y no ser un hablador.
Fed. ¿Pues imaginas tú acaso
que Lidoro fué traidor?
Per. Mas que el Conde Don Julian,
que Bellido, y Galalon.
Fed. No atribuyas neciamente
á tan ínclito varon
mi desgracia, pues el cielo
es solo de ella el autor.
No hay en el terrestre globo
privanza tan superior,
que á las injurias del tiempo,
con indecible teson,
no se desvanezca sombra,
ó no se marchite flor.
Pensar que el brazo del hombre
puede hacer esto, es error,
pues para tan grande triunfo
débiles sus fuerzas son:
y qualquiera que lo mire
á la luz de la razon,
conocerá que interviene
en ello causa mayor:
esta es Dios, único móvil
de la humana variacion,
que eso de que la fortuna
tenga tal jurisdiccion,
el Gentil puede creerlo,
pero el Católico no.
Pues si aquesto reconozco,
¿por qué me he de quejar yo
de quien es el instrumento
de las máxîmas de Dios?
Per. ¿Pues si Lidoro no fuera,
estarias tú en prision?
Fed. Sí, que si estaba del cielo

que pasase tal rigor,
en otro sugeto hubiera
recaido la eleccion.
Per. Una por una, el se da
una vida de un Señor,
siendo un pícaro belitre,
sucio, insolente, bribon,
que me tiene mas hambriento
que page de Relator,
y como le coja::- *Fed.* Calla.
Per. Mala muerte le dé Dios.
Fed. No te alteres.
Per. Soy un diablo,
un Atila, y un Neron.
Fed. ¿No harás por mí una fineza?
Per. Esa es buena: ¿por qué no?
Sacaré un quarto á un Indiano,
engañaré á un Impresor,
y daré muerte, si quieres,
al gallo de la Pasion.
Fed. Pues mira, yo conociendo,
no sin angustia y dolor,
la lentitud con que el Rey
trata mis negocios hoy
de escribirle un memorial
tengo la resolucion:
y porque á sus manos llegue
con seguridad mayor,
de ti valerme pretendo,
pues con tu chiste y tu humor
para ponerle en sus manos
no te faltará ocasion.
Per. ¿Y será cosa de que
en premio de tal favor
haga el verdugo en la plaza
con mi lengua un salpicon?
Fed. No: que á nadie ofender puede
tan debida pretension:
y pues confiscados todos
mis bienes, no tengo hoy
mas que este diamante, él sea
premio de tan noble accion.
Per. Señor, yo::-
Fed. No me repliques.
Per. ¿Sí? pues venga á lo doctor.
Fed. Ven, que en el quarto de adentro
á escribir el papel voy.
Cielos, no quiero la vida
si no acrisolais mi honor. *Vase.*
Per. Vamos: de esta vez me prenden,
me zampan en un seron,
me ponen en una horca,
me lleva el diablo, y á Dios. *Vase.*

Sale Lidoro.

Lidor. ¡Qué mal descansa, cielos,
entre sustos, congojas y rezelos,
quien brazo á brazo lidia
con el soberbio monstruo de la envidia!
y mas si, como yo, sufrir consiente
de la ambicion la hidropesía ardiente;
hoy la paz alterando en Alemania,
de Ungría al trono aspiro, Transilvania,
y aun para mi insaciable fuego aleve
es aquesta faccion trofeo breve,
hasta que logre mi rencor perverso
el laurel deshojar del universo.
Todas las guarniciones
de las mas numerosas poblaciones
me prometen felices vencimientos,
y aun en la Corte apoyan mis intentos:
solo me da cuidado
el dar la muerte al Rey determinado;
pues aunque por dos veces
lo pensáron lograr mis altiveces,
le libró Federico, honor del orbe,
mas ya no hay Federico que lo estorbe,
pues al impulso de mi informe falso,
en un funesto público cadahalso,
si el cielo su desgracia no remedia,
hará en el mundo la mayor tragedia.
Pero hasta aquí se ha entrado
de Federico aquel leal criado,
que por mi causa expuesto á mil injurias,
lleno está de desdichas y penurias:
de él pretendo valerme,
pues si una vez se empeña en protegerme,
segun la lealtad de su persona,
seguro tengo el cetro, y la corona.

Sale Peregil de pobre sin muletas.

Per. Si de este memorial salgo sin males,
me meto á conductor de memoriales:
por aquí::- ¿mas qué veo? ¡ay qué retablo!
á mí, y al memorial nos lleva el diablo.
Lidor. Ven acá picaron. *Per.* ¡Ah boca falsa!
Lidor. ¿Dónde andas, Peregil?
Per. Ando en la salsa,

y ahora traigo de tales turbaciones
sembrado el peregil en los calzones.
Lidor. ¿Qué males son aquesos?
Per. Son mis bienes.
Lid. ¿Y en qué consiste el mal olor que tienes?
Per. En que mi fiel persona desgraciada,
si fué valida ayer, hoy es privada.
Lid. Mira, ¿si yo te premio con largueza,
por mí querrás hacer una fineza?
Per. Como sea llevar algun villete,
exercer el oficio de alcahuete,
citar á una muger á una hostería,
engañar á su madre, ó á su tia,
robar á un mercader con diligencia,
ó cosa en que no cargue mi conciencia,
desde luego me animo á tal intento;
mas si es algun pecado me arrepiento.
Lid. Como tú diligente y cuidadoso
patrocines mis máxîmas zeloso,
te he de hacer hombre.
Per. ¡Linda es la zozobra!
dias ha que mi padre hizo esa obra.
Lid. Quiero decir, que premiaré tu encargo
con ricas joyas, y con un gran cargo.
Per. Pues como sea hurtar, al punto llego;
porque yo á casos de honra no me niego.
Lid. Tendrás brio y aliento::-
Per. Y aun recato.
Lid. Para con un sutil puñal::- *Per.* Zapato.
Lid. Quitar la vida al Rey.
Per. ¡Bella partida!
esa no es accion justa, ni debida.
Lid. ¿Qué importa, si así logras el trofeo
de salir de miserias? *Per.* Ya lo veo.
Lid. Pues vaya. *Per.* ¿Qué? *Lid.* Responde.
Per. ¡Hay tal postema!
hasta en el escupir gasto yo flema;
mas no daré respuesta á tal envite,
sin que primero me recapacite,
en si me darán tales funciones.
Lid. Pues miéntras yo discurro esos salones,
lo que hacer determinas reflexîona;
mira que me va en ello la Corona. *Vase.*
Per. Ahora bien, pues ya solos nos vemos
este grave negocio consultemos:
supongamos que al Rey las vueltas cojo,
que le envayno el puñal, que cierra el ojo,
que se descubre el cuento en un instante,
que viene un Alguacil, y me echa el guante,
que á la cárcel me llevan, y me doman,
que luego allí la confesion me toman,
en la qual yo me turbo muy cobarde,
porque la suelo hacer de tarde en tarde:
bien que mi floxedad no se disculpa,
pues si no me confieso es por mi culpa:
que al degüello me tiran mano á mano
Procurador, Agente y Escribano:
uno pide, otro chupa, otro da prisa,
y entre todos me dexan en camisa:
que viendo que yo niego esto, y esotro,
sin mas, ni mas me montan en el potro,
en donde, aunque mi voz sea muy lerda,
me hacen cantar por debaxo de cuerda:
pues al sufrir dolor tan riguroso,
todo de arriba abaxo me descoso:
que despues de esto, si el dinero cunde,
en paz me dexan, porque el pleyto se hun-
pero si no, la causa sigue lista, (de;
y que en fin llega el dia de la vista:
descúbrense los Jueces sin compases,
hechos unos Anases y Cayfases:
pregona el Relator mi vida justa,
y si hay unto se come lo que gusta,
pues todo Relator discreto y grave,
tiene mas que comer, si comer sabe.
Acábase la historia dura y fuerte,
y empieza un Abogado de esta suerte:
Señor, quando el delito está constante,
no castigar al reo es mal sonante,
como dice Barbosa, Ruiz, Medina,
y Calderon en su Arte de cocina:
el delito es notorio, y bien sabido,
el reo está confeso y convencido:
ergo secundum legem de Mallorcam,
Peregilis colgabitur in horcam.
Luego habla mas ó ménos mi Abogado,
al tenor de la mosca que le han dado,
y dice: quando un hombre bien nacido
del vino se contempla poseido,
nada que él execute satisface,
porque no sabe entónces lo que hace:
y así Villegas en su Flos Sanctorum,
dixo: vinus est Pater borrachorum:
que él estaba borracho caso es tierno,
porque es un lobo eterno y sempiterno:
ergo secundum practica civilis,

debet soltari libris Peregilis.
Poco á poco, Señor, que es desacierto,
así que cerró el ojo dixo el muerto,
que en juicio le oyó hablar: ergo sin jugis
est Peregilis reus de Verdugis,
que así lo trae Cervantes, por ley ancha,
vida de Don Quixote de la Mancha:
que el borracho está libre afirman bobos,
Villaroel, Villalpando y Villalóbos,
y que el muerto mintió dicen, si corres,
el Sarrabal y el Piscator de Torres.
El delito es probado; fué deprisa:
¿pues el Rey no murió? murió de risa:
reus matantis horcam mihi pringo,
nego, concedo, probo sic, distingo, (cede,
q. un hombre de su ciencia, en que me exce-
defienda á un reo que sudar no puede,
y dexe al brazo Real, de cuyo aumento
puede esperar un buen Corregimiento.
¿Y el alma, Señor mio? linda calma,
que se la lleve el diablo: ¡qué buena alma!
Digo que estoy convicto, y por instantes
debe morir el reo, y quanto ántes;
pues segun Ponce, in parrafo candilis,
colgari merecetur Peregilis:
eso me gusta: otorgo lege plena:
¿y el reo? que se ahorque: norabuena;
porque Angulo, Pilatos, y otros trece
dicen, que lo bien hecho bien parece;
y asi plenis cadenibus, y grillis,
prevengabitur horquis, campanillis.
Con que en limpio sacamos, sin rencilla,
que me zampan despues en la capilla,
y del mal de garganta que me plugo,
muero entre los calzones del verdugo;
pues no Señor, no entiendo aquesa plaga,
mátele Dios, y buen provecho le haga.

Sale Lidoro.

Lid. Habiendo á los salones vuelta dado,
vengo á saber lo que has determinado.

Al paño el Rey.

Rey. A Lidoro seguir quiero constante,
que no sé qué me dice su semblante. (fiere?
Lid. ¿Qué es, pues, lo que tu voz dice y pro-
Per. Que ahorcado muera yo si tal hiciere.
Lid. ¿Con que dar muerte al Rey dudas?
Rey. ¡Qué escucho!
Per. Si Señor. *Lidor.* ¡Ah cobarde!
Per. Pero mucho.
Rey. ¿Cielos, habrá maldad mas conocida?
Lidor. Dale muerte.
Per. ¿Yo muerte? no en su vida. (breve
Lid. No es menester, traidor, que muy en
se la sabré yo dar. *Rey.* ¡Ah infiel aleve!
Lid. Pues un medio he pensado y discurrido
con que quede mi intento conseguido:
pero ántes::-
Per. ¡Ay de mí, que abre los ojos!
Lidor. Para que no publiques mis arrojos
el secreto guardar tu vida cueste.

Vale á dar, y sale el Rey.

Per. Que me matan: ay, ay.
Rey. ¿Qué ruido es este?
Lidor. De Federico ese traidor criado,
que á buscaros venia disfrazado,
con ánimo, Señor, segun comprehendo,
de quitaros la vida.
Rey. Ya os entiendo:
y así, ola.
Per. Plegue á Dios que sordos sean:
cerca mi muerte está, pues que me olean,
Rey. Ah de mi guardia. *Sale Aurelio.*
Per. ¡Ay cielos, qué apretones! (nes?
Aur. ¿Qué mandas, gran Señor, ó qué dispo-
Rey. A ese criado::-
Per. Hoy muero de repente: *Dale el papel.*
Dame este memorial por inocente.
Rey. Para que á verme cada dia venga
dadle el mejor vestido que yo tenga.
Per. Vestido estes de perlas y diamantes,
de esmeraldas, topacios y brillantes,
desnudo del que tiene frenesíes
de llenar tu vestido de rubíes,
y vestido en el cielo halles tu nido,
sin que del diablo seas en-vestido.
Rey. Basta, loco. *Aurel.* Venid.
Per. Ya voy sin dudas.
¿A seo Judas? *Lidor.* Infame::-
Per. Ahorcate, Judas. *Vanse.*
Lid. Algo el Rey escuchó; mas por si acaso
á acelerar mis intentos paso. *Vase.*
Rey. Qué turbado á Lidoro considere:
de su semblante su traicion infiero:
pero este memorial ver solicito: *Lee.*
dice así: Gran Señor, si vuestro invicto
pecho suavizar puede mi inocencia,
apre-

apresurad el fallo á mi sentencia,
que con valor mi espíritu la abraza;
solo temo el pesar que os amenaza,
pues vuestra muerte anuncio y pronostico
en perdiendo la vida: Federico. (los,
Ya no hay valor, ya no hay paciencia, cie-
para tantas congojas y recelos.
Lidoro aspira á mi laurel; perjuro
de Federico, vivo mal seguro:
y entre uno y otro mi temor advierte
el pálido semblante de la muerte.
Pero ántes, pues soberbio lo repite,
que Lidoro se arroje y precipite
á cometer un crímen tan enorme,
de Federico es justo que me informe,
que de este aleve las traiciones sabe:
y pues de su prision tengo una llave,
con esta determino
ver si tales arcanos exâmino.
¡O mundo, en tus grandezas mas propicias
qué amarguras no encubren las delicias!
Vase, y sale Federico en la prision.
Fed. Pálido horroso alvergue,
en cuyas sombras confusas
la melancólica noche
sus lobregueces estudia,
pues tu tenebroso centro,
de un vivo cadáver tumba,
con mudo silencio suele
dulcificar mis angustias,
que ya suaviza las penas
el que atento las escucha:
hoy mi voz::- ¿Pero quién pisa
aquesta mansion obscura?
Sale Lidoro.
Lidor. Quien de ella quiere ensalzaros
á la grandeza mas suma.
Sale el Rey al paño.
Rey. Esta es la fúnebre estancia
que trágicamente ocupa
Federico: ¿mas qué vêo?
á cada paso mas dudas.
¿Lidoro en aqueste sitio?
¡que intencion será la suya!
Pero pues no pueden verme,
quiero oir lo que consultan.
Fed. Lidoro, ¿pues á qué efecto
aquí tu anhelo me busca?
Lidor. Sepamos si estamos solos.
Fed. Aquí á nadie hallar discurras,
porque un Privado en cayendo
pocas visitas disfruta.
Lidor. Pues oid.
Rey. ¡Donde irán, cielos,
á parar tales preguntas!
Lidor. Airado el Rey, en venganza
de los agravios que juzga
que le habeis hecho, olvidando
con tirana ley injusta
los trofeos que le diéron
vuestra espada, y vuestra pluma,
que en un público cadahalso
la vida os quiten promulga;
pero yo reconociendo
quanto vuestro honor fluctua,
que el perder la vida un noble
ni le altera, ni le inmuta,
pidiéndoos perdon de todas
nuestras antiguas disputas,
vengo, no solo á libraros
de tan estrecha clasura,
sino á poner animoso
(¡ó logre su fin mi industria!) *Ap.*
en vuestras sienes de Ungría
la imperial Corona augusta;
para cuyo efecto solo
os pido me deis ayuda
para darle muerte al Rey,
que esto en tu valor se funda,
luego que la libertad
mi fineza os restituya.
Rey. ¡Para dar la muerte al Rey!
Fed. ¡Qué aquesto mi pecho sufra!
Lidor. Pues teniendo en favor vuestro
del pueblo todas las turbas;
y yo á todos los soldados
de las plazas mas robustas,
fácilmente lograrémos,
si protegeis mis industrias,
que, muerto el Rey, toda Ungría
su Monarca os constituya.
Rey. ¡Habrá intencion mas villana,
mas aleve, mas injusta!
Pero oigamos qué responde
Federico á la consulta.
Fed. Lidoro, ántes que mi labio

mi

mi resolucion descubra,
¿á quanto yo preguntare
daréis respuesta? *Lidor.* ¿Eso dudas?
albricias, que segun veo, *ap.*
á mi dictamen se ajusta.
Fed. Pues decidme: ¿no sabeis
que la sangre que me ilustra
de verdes laureles ciñe
su anciana pompa difunta?
Lidor. ¿Quién podrá negaros cosa
que todo el mundo pronuncia?
Fed. ¿Desde que ocupé el empleo
que ocasiona mis angustias,
no he servido á la Corona
con la integridad mas pura?
Lidor. Tanto, que no hay en el Reyno
pobre, huerfano, ni viuda,
que vuestra ausencia no llore
por el mal que les redunda.
Fed. ¿No he manchado el esplendor
de las Otomanas Lunas?
Lidor. Ellas lo digan, pues yacen
pálidas, tristes y mustias.
Fed. ¿Quando á Soliman prendí,
fué cómplice de su fuga
mi cuidado?
Lidor. No por cierto.
Fed. Y decid, ¿no fué cordura
recoger mis tropas, viendo
que la noche nos circunda?
Lidor. Es claro; mas porque á nadie
atribuyais la calumnia
de esa accion (ya nada pierdo
en descubrir mis industrias,
pues ántes así le animo *ap.*
á que á mi fin se reduzca)
yo fuí quien, por ascender
de vuestro empleo á la altura,
os supuse aquese crímen,
que vuestras glorias deslustra,
con una carta fingida,
que tuvo el Rey por segura.
Rey. ¡Ah vil Lidoro, qué tarde
reconozco tus astucias!
Fed. El dia que despeñado
cayó el Rey en la espesura
del bosque, no dí yo muerte
al caballo? *Lidor.* ¿Quién lo duda?
y mas si añades que el tiro,
que al soberbio bruto asusta,
iba encaminado al Rey
por órden mia.
Rey y Fed. ¡Qué escucha
mi pecho! *Lidor.* Y por no acertarle
todo mi intento se frustra,
como tambien, quando luego
le dexó vuestra ternura
sobre aquella peña, yendo
á una fuente tersa y pura
á buscar agua, que entónces
darle la muerte procura
mi rabia; mas vuelto en sí
mi pretension disimula.
Rey. ¡Qué estuviese yo tan ciego
que no echase de ver nunca
de aqueste traidor villano
las intenciones perjuras!
Fed. Ultimamente, decidme,
¿quando aquella noche mustia
estaba durmiendo el Rey,
quise yo matarle? *Lidor.* Nunca.
Fed. ¿Pues quién?
Lidor. Yo, que con su muerte
labrar pensé mi ventura.
Rey. Hasta aquí pudo llegar
la obstinacion mas sañuda.
¡Ay Federico, qué oprobrios
has padecido sin culpa!
Fed. ¿Con que todo quanto he dicho
es evidente?
Lidor. No hay duda.
Fed. ?Pues cómo quieres, Lidoro,
que quien de sangre tan pura,
de tan ilustre ascendencia
altos blasones disfruta;
que quien expuesto á los tiros
de la envidia y la calumnia,
en defensa de su Rey,
de su Patria, y la honra suya,
á la frente de sus tropas
blandiendo la espada aguda,
dexó la muerte cansada
de cortar gargantas Turcas:
y en fin, que quien inocente
de las ofensas y culpas
que le han supuesto ha vivido

con penas, sustos y angustias,
ya en afrentosos destierros,
y ya en prisiones obscuras,
sin que jamas respirase
ni una queja con ser justa,
se precipite alevoso
á la maldad mas impura,
que es dar la muerte á su Rey,
de Dios retrato y figura?
y agradece á las prisiones,
que mi valor descoyuntan,
el que sin castigo vuelvas
de tu infame vil conducta,
que si no, viven los cielos,
que en venganza de la injuria,
que me haceis en presumir,
que es capaz vuestra locura
de inclinar á tal delito
la lealtad que me ilustra,
os hiciera mas pedazos
que arenas el mar inunda.
Rey. ¡Ah fiel amigo! tu nombre
la fama en bronces esculpa.
Lidor. Pues para que en tiempo alguno
reveles lo que rehusas
executar, este acero
que mi cólera desnuda,
ahora que estás indefenso
te dará muerte sañuda.
Al ir á darle sale el Rey, y le quita el puñal.
Rey. Aguarda, traidor, detente.
Lidor. Estatua he quedado muda.
Fed. Qué es lo que veo?
Rey. Soldados.
Sale Aurelio y Peregil de gala.
Aur. Señor, ¿qué es lo que promulgas?
Per. ¿Señor? ¡mas qué es lo que miro!
buena está la baraunda.
¿Que á este pícaro no acaben
de sentarle las costuras?
Rey. Llevad á ese traidor preso,
y un cadahalso se construya,
que hoy ha de ser su cabeza
desagravio á tanta injuria.
Lidor. ¡Ay de mí!
Per. Me alegro mas
que si fuera suegra suya.
Rey. Y tú, Federico amigo;
de mis Imperios columna,
llega á mis brazos, y en ellos
á mi afecto disimula
el grave crímen, que tanto
mi Real corazon angustia,
de creer que en tí pudiese
haber ni aun sombra de culpa,
que yo al mirar, aunque tarde,
de quanto tu lealtad triunfa,
disipando torpes nieblas
de maliciosas calumnias,
no solo quantos empleos,
honras, y grandezas sumas
gozabas te restituyo,
sino es que en memoria justa
del lugar que en mi cariño
hoy tus méritos ocupan,
gran Condestable de Ungría
mi Magestad te intitula.
Fed. Bien, Señor, en tantas honras
mostrais que soy vuestra hechura.
Aur. Digno premio á sus hazañas.
Per. Reparen, por vida suya,
qué maldita cara tiene
el primo carnal de Judas.
Rey. Ea, ¿qué aguardais? llevadle,
y la sentencia se cumpla.
Fed. Gran Señor, si acaso pueden
merecer vuestra ternura
la púrpura derramada
en tantas marciales luchas,
las excelentes victorias
que mi brazo reditúa;
y en fin, las grandes fatigas,
y las mortales angustias
que he padecido, mirando
que mis hazañas se ocultan,
que mis méritos se olvidan,
que mi valor se calumnia,
que mi lealtad se ofende,
y se ultraja mi conducta,
que á Lidoro perdoneis
os suplico. *Per.* ¡Ay qué locura!
pues no es mejor que le cuelguen,
ó que le echen una ayuda?
Aur. Calla, loco. *Rey.* ¿Federico,
qué es lo que tu voz pronuncia?

¿pues cómo, á quien desluciendo
los blasones que te ilustran,
por medio de sus villanas
cavilosas imposturas,
ha sido causa y orígen
de tus adversas fortunas,
quieres librar del castigo
que á sus traiciones se ajusta?
Fed. Como él ha sido, Señor,
el que entre tantas angustias
acrisoló mi lealtad,
que hoy resplandece mas pura,
pues aunque tan tarde vos,
en las sombras que os ofuscan,
habeis, Señor, conocido,
porque nada el cielo oculta,
la rectitud de mis obras,
mas vale tarde que nunca:
y así á vuestros pies rendido,
asilo del que los busca,
os pido le perdoneis
el desacierto y la injuria
de haber, Señor, conspirado
contra vuestra vida augusta:
que yo, por lo que á mi toca,
su agravio es razon que supla,
pues por él he conseguido
que mas mi lealtad luzca.
Rey. ¿Qué me podrás tú pedir
á que yo me niegue nunca?
Ya la gracia de la vida
mi Real pecho le asegura.
Lidor. Señor, por mas que este dia
mi vergüenza me confunda,
mis obras os dirán quanto
mis dictámenes se mudan.
Y á vos, Federico, el alma
á vuestros pies contribuya
por tan heroyca fineza
dignas de alabanzas justas.
Per. ¡Qué lástima es no meterle
un rejon por la asadura!
Fed. Alzad, que á mi cargo queda
cuidar de vuestra fortuna:
y á vos, Aurelio, los brazos
cariñosos os descubran
quanto interesarme pienso
en todas vuestras venturas.
Aur. La mayor que logro es ver
que vuestra inocencia triunfa.
Rey. ¡Ay Federico, ay amigo,
Sol de la lealtad mas pura,
tarde vino el desengaño!
Fed. Mas vale tarde que nunca.
Per. Digo, y á mí que por ese
cara de tapon de cuba
he sido quatro semanas
sobrestante de la tuna,
¿qué me han de dar?
Rey. Mil ducados.
Per. ¿Mil ducados? Esa es zumba,
pues con uno solo hay hombre
que oro bate, y plata cuña.
Todos. Y Joseph Julian de Castro
un vítor humilde busca,
pues aunque tardeis en darle,
mas vale tarde que nunca.

FIN.

MADRID: AÑO DE 1798.

Con licencia: *Se hallará en la Librería de Quiroga, calle de la Concepcion Gerónima: en la misma Librería se halla un gran surtido de Comedias antiguas, Tragedias, y Comedias modernas; Autos Sacramentales y al Nacimiento, Saynetes, Entremeses: Por docenas á precios equitativos.*